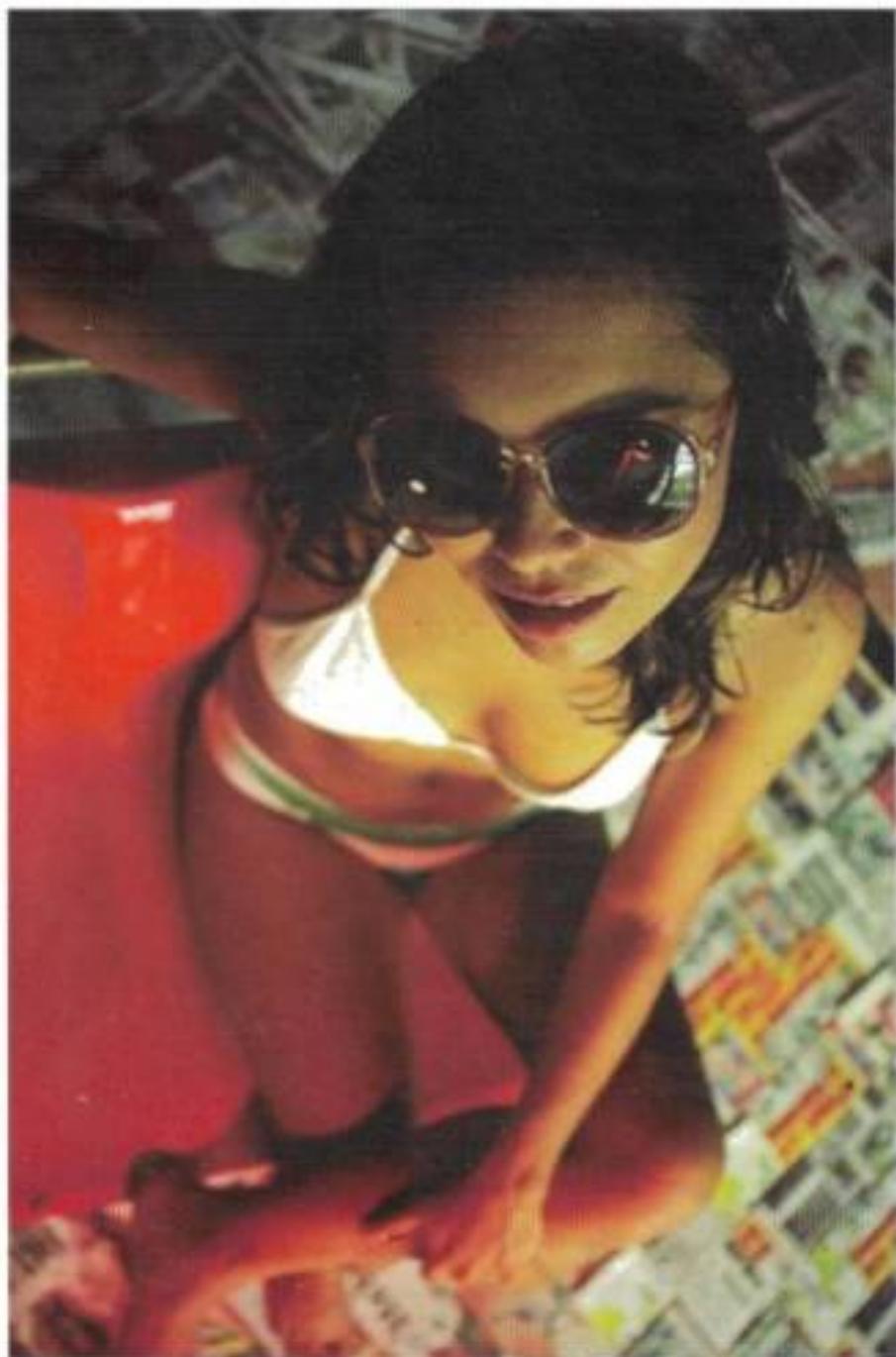


¿Te gusta el látex, cielo?

Nadia Villafuerte



LAS NARRACIONES QUE INTEGRAN ¿TE GUSTA EL LÁTEX, CIELO? pueden ubicarnos en Nueva York, en Texas o en La Habana, lo mismo que en geografías más próximas a la tierra natal de Nadia Villafuerte, en Chiapas. Este libro echa mano de la intensa migración que huye del sur y de los fenómenos sociales implicados en este proceso, como la prostitución, para contarnos historias de venganza, deseo y traición. Algunos son relatos breves, claramente íntimos y emocionales, donde sus protagonistas buscan y escapan hacia una situación indeterminada, al mismo tiempo que nos hablan de una femineidad exhausta, del deseo contenido, las expectativas fracasadas y el dolor. En estos diez cuentos suena una voz inteligente y clara que nos habla desde una realidad compartida.

Índice de contenido

Cubierta

¿Te gusta el látex, cielo?

Flores rojas

Tinta azul

Frontera de sal

Yésira

La piscina

Roxi

«What are you looking for»

Grillos

Cajita feliz

¿Te gusta el látex, cielo?

Sobre la autora

Flores rojas

ES JUNIO, UN DÍA CALUROSO como tantos. Está de paso en ese sitio, lleva dos noches hospedado en el hotel Beirut, y es en la tercera cuando recibe la llamada telefónica.

Mientras se dirige al casino, imagina que una casa de apuestas en medio del desierto es como un alfiler en el ojo. La música del dinero lo recibe: tragaperras, fichas metálicas en los puestos de canje, melodías que hacen al cliente sentirse en Tokio, más allá, la voz asordinada de la mujer rezando los números del bingo. Todo esto para ocultar la inmensa soledad de los jugadores y los viciosos, desesperados por huir, sin huir. Justo como él, se dice, harto de su vida de periodista, instalado en una rutina que consiste en moverse de un sitio a otro con el único ánimo de abandonar lo que quedó atrás... ¡Mierda, tonterías! Siempre piensa así pero de hecho, Félix es un hombre práctico. Así que cambia un billete por fichas y se sienta frente a una máquina con pócker electrónico. Pierde, ahí la gente pierde y quizá lo sepa y no le importe pues ésa y no otra es la manera de consolar su vida parásita, mutilando las horas. Félix no reflexiona sobre ello, sería estúpido, sólo lo sabe, como sabe muchas tantas fruslerías, al tiempo que se entretiene y espera. Entonces, una mano le da palmaditas en el hombro.

Qué tal, saluda el hombre.

Percibe el mal aliento del desconocido, está sucio, da la impresión de haber salido de la cárcel. Tiene ganas de escrutarle la cara pero cree que exhibiría su poco recato.

En cambio, sugiere: Vamos al bar.

¿No va a preguntar cómo me llamo?

¿Importa?

Que el hombre haya dado tan fácilmente con Félix no es algo que a éste pueda pasar inadvertido: un temblor le atraviesa la espalda. Que haya llamado a la habitación 312, que supiera su nombre, menos. Siente que nada, apenas pone un pie en ese sitio, es verdadero, y por lo tanto, cualquier cosa puede permitirse aún contra su voluntad.

Hace poco mataron a un amigo, muy cerca de aquí. Días después, a otro. Ayer notificaron un muerto más. Hablamos de muertos como si fueran mujeres a quienes uno se tira. ¿Se tira usted a muchas...? ¿O es *moderado*?

La forma en la que pronuncia la palabra *moderado* provoca en Félix desconcierto: quizá el hombre sea un loco; y la cita, una de esas formas en que la realidad se mueve cinco centímetros a la izquierda, como si estuviera duplicada por un mapa transparente que al ser movido devela misterios antes ocultos.

¿Y qué tienen qué ver las mujeres con los muertos?

¿Es usted marica?

Me parece horrible.

Qué le parece horrible.

El casino, dice Félix, y le viene una fatiga antigua descargarse justo en ese instante, delante de un tipo del que le molesta algo, no sabe qué, tal vez esa mirada que parece regodearse en un secreto torcido, oscuro.

Observe a aquélla.

Félix acata la orden.

No es extraño que por la mañana trabaje en una librería cristiana y por la noche sea una viciosa.

¿Y eso a mí qué?

¿Le importan un pito este tipo de detalles? ¡Insensible!

Félix está a punto de levantarse de la silla, cuando el tipo dice, por fin, su nombre.

Me llamo Sada. Mírela, mírela en serio, haga que la vieja voltee a vernos.

Pero la mujer tiene el rostro hundido en el monitor de luz fosforescente, y ambos, Sada y Félix, esbozan de repente una sonrisa, como si ella les hubiera hecho entender algo triste.

Luego, disipando la complicidad de una atmósfera que más bien parece un sueño, Sada extrae el sobre del maletín que lleva consigo. No es un maletín sino una especie de mochila, ahora se percata el periodista, a quien, definitivo y para mal, le importan poco los detalles.

Ya veo por dónde va.

Sí. Y no. Puede significar que estemos acercándonos.

Una historia, imagina Félix. Como si en el mundo no sobraran historias, todos quieren contar una, todos sacan una de la manga, piensa. El sobre permanece en medio de ambos, emanando fuerza igual a como los seduciría un arma.

Aquí tiene. El elemento criminal en estado puro.

¿Cuánto?, pregunta Félix.

Nada, sólo trato de olvidar, responde Sada.

Pasa una mesera. No pueden evitarlo. Es negra y bien saben lo que eso significa. Miran su trasero hasta que éste se pierde en el laberinto de neones. Luego se instala un silencio que los hace sentir incómodos.

Antes me gustaban los casinos, aquí es donde uno olvida completamente cómo es la vida, afuera.

Dice esto —Félix— como si quisiera dar tregua para indagar más sobre el fulano, qué es lo que quiere de él, si acaso le está poniendo una trampa. Sada, en cambio, con el índice y el pulgar simula empuñar una pistola, emitiendo un «pum» con los labios, apuntándole a Félix. Algo muy extraño. En realidad, da la impresión de que está asustado y en cualquier momento se confesará, o se pondrá a llorar para después marcharse, dejándolo en una quietud violenta, exasperante. El rostro de Sada es un tanto siniestro y, sin embargo, nada insinúa que se trate de un matón.

A estas alturas en lo único que pienso es en las horas, dice Sada y se echa a hablar sobre su afición por el cine,

también menciona a sus vecinos oaxaqueños, *me espían desde las ventanas, con una sonrisa que me hace sentir mal*. Luego se queda callado, sólo unos segundos, pero continúa. Hay una imagen... Mi hija está vestida de blanco, celebra la comunión, su madre y yo gritamos en voz baja detrás de ella: Puta, ladrón, ramera, asesino... Nos decimos la verdad simplemente, en plena iglesia, como debe ser. Eso mientras la niña recibe la ostia. Después Mila me cuenta cómo aquella mañana corrió para ocultarse bajo un árbol que arrojaba flores rojas en su vestido.

Mila. ¿Así se llama la hija? Bonito nombre.

Tal vez, pero no es lo que importa.

¿Católico todavía?

En algo hay que creer, ¿no?

Félix está confundido. Le parece que Sada es cursi, que cualquier atisbo de humanidad traza un rasgo de carácter en los hombres débiles. Lo asalta un ligero dolor de cabeza, el malestar del desvelo. No debe perder más el tiempo y por fin toma el sobre, esculca el contenido. Necesita tomar un poco de aire, y no, no puede; es como si la densidad de la situación lo tumbara. Ocurre que son lo esperado, ninguna novedad, intuye... Y se equivoca. Fotos, cuatro, cinco, diez. ¿Qué tiene que ver la escena de la hija con las imágenes?, se pregunta, un poco aterrado. Las deja en la mesa, tiene la impresión de haber tocado algo prohibido, le irrita estar ahí, en un punto en el que la culpa compartida parece inminente.

Matamos para que otros sean libres, ese tipo de retórica, ya sabe, dice Sada.

¿De dónde las sacó?, pregunta Félix.

Yo las tomé.

Félix lo observa con desconfianza. No tiene cara de asesino, tampoco de fotógrafo. Él, gente de oficio al fin y al cabo, lo sabría.

¿Nos conocemos?, dice Félix.

Es evidente que no.

¿Qué quiere?

Ya le dije, olvidar.

Pues mejor quémelas, responde Félix, en realidad grita sin percatarse de su propia rabia.

Sé lo que hará con esto, advierte Sada.

Félix lo mira, esta vez con asco. En las fotografías no hay nada fuera de lo común, sólo cuerpos reventados por balas, golpes, quizá hasta se advierta tortura antes del final. Mujeres, niños, hombres, la elemental carnicería. Rememora las palabras que Sada dijo al principio. ¿Se tira usted a muchas...? ¿O es *moderado*?

¿En dónde fue, cuándo?

Y el momento es tan único, tan tuyo, que dan ganas de salir corriendo de uno mismo.

No me venga con arrepentimientos porque esto es lo que todo mundo quiere ver, responde Félix. Un frío incomprendible le roza la nuca.

¿Otra ronda?

¡Si no hemos pedido nada!

Por eso mismo.

Gracias, pero no.

Como quiera. No se altere. Todo irá bien si las lleva al lugar indicado.

Faltan los datos. Las fotos por sí solas no sirven.

Ya se los daré. No podía arriesgar yéndome con el sobre encima, ni enviándoselo por correo postal, entiende. ¿Sí entiende, verdad?

Bien por ellos. No estarán más, ni sentirán que valen una mierda, agrega Félix.

Acaba de expresar una estupidez, pero no sabe qué más añadir. Sólo desea volver a la habitación confortable del hotel y revisar las fotos, una a una. Están sobre la mesa, las fotos, como boquetes que respiran. La escena le parece, de pronto, muy familiar, como si ya la hubiese vivido, o estuviera por comenzar de nuevo, él en la habitación, la llamada telefónica, etcétera.

A esto se reduce la vida finalmente, ¿qué esperaba?, ataca de nuevo Félix.

Hace años que no veo a mi hija, pensé en ella cuando estuve ahí, dice Sada.

Carajo, y ahora está arrepentido. No soy sacerdote, dice Félix con ironía, aunque en el fondo experimenta un retortijón en el estómago. Agrega: Debería madrearte, cabrón, por dignidad.

Supongo que sí.

La respuesta del hombre lo desarma. Ha dicho «Supongo que sí» con tanto desamparo que de repente le inspira lástima.

Este país se va al carajo a cada rato con cosas como éstas.

¿Por qué no las envía usted mismo al periódico? ¿Por qué no las vende a la televisión? Félix entiende que está hablando como si se refiriera a la lluvia o a un partido de fútbol pero lo que teme es que lo pasen por estúpido.

Quédeselas. Llévelas, haga lo que guste, total, no estoy tranquilizando mi conciencia, tener una conciencia en paz debe ser repugnante. Quiero olvidar, eso es todo.

Me insulta si me toma por imbécil.

Créame. Sé por qué se las doy a usted.

¿Y qué va a hacer mañana?

No lo sé, leeré revistas, o una novela en el avión, quemaré mis documentos de identidad cuando esté lejos.

Félix trata de relajarse, las facciones impersonales de Sada lo incomodan. Sada podría ser Félix. Eso y el silencio, como si las máquinas y los jugadores se hubiesen puesto de acuerdo para callarse y observarlos. Eso y el olor a cigarrillos y colillas. Eso y la nada, un instante vacío suspendido en el aire de tonalidades eléctricas. Están en un casino, recuerda Félix. Tiene miedo.

Diga algo.

Pero Félix parece tener la mente en otro sitio. Tiene miedo. Tiene miedo y le perturba sentir miedo, un rasgo de

la debilidad que tanto desprecia porque él, en el fondo, es igual.

Qué le voy a decir. A mí esto ni me va ni me viene.

¿No ha soñado alguna vez que pisa el suelo y lo que creía que era sólido de pronto se hunde?

Sí.

Así me pasó.

No es el único. Le ocurre a todo el mundo.

Tiene razón.

Pasa la mesera. Félix desearía llevársela al cuarto. La llevaría para acariciarle el cuerpo de escultura exhausta. Bien sabe lo que una negra significa. Ha de ser una ilegal, displicente y sucia.

¿Casado?

Divorciado, responde el periodista.

A Félix, la pregunta le resulta absurda en medio del puñado de fotos dispuestas todavía sobre la mesa, una llovizna de sangre negra anegada en el papel fotográfico.

De un compartimiento de la mochila, Sada extrae un puro y lo enciende. Un puro, repara Félix y a continuación ataca:

Criados. Son indios y criados. Pudo haber hecho lo debido. Al momento.

Pero no lo hice. Y la sangre salpica.

No le cree. Félix esculca otra vez en esa cara, siniestra y ordinaria. Tal vez los ojos pequeños sean algo. Amar es algo, matar es algo, cualquier cosa es algo, recuerda haber leído por ahí. Su exmujer es poeta y no puede evitar el recuerdo de lo ocurrido hace dos meses, cuando ella intentó suicidarse. La violencia cayendo como polvo sobre los objetos de sus separadas vidas, hasta que alguien sopla el polvo y el hastío estalla. Le vienen a la cabeza escenas aparentemente inconexas: cuando descubrió que su mujer caminaba, con prisa, rumbo a otro destino; o la vez en que él cayó enfermo y sólo veía, entre el delirio de la fiebre, los dientes de su esposa manchados de tabaco. Quería morir-

me, había dicho su exmujer; Félix le respondió que todos los días uno sentía ganas de morirse, pero que nunca era para tanto, que hoy hasta para el suicidio se era mediocre.

No nos distraigamos, interrumpe Sada.

Por un momento, Félix se extraña de estar en un casino, expuesto a cierta luz obscena. Sin duda un cuadro melancólico: la bruma del ruido estéril e impersonal, el bingo anunciando 16, 39, 45, en el marco de una soledad que puede tocarse.

Le digo que no es momento de distraernos.

Debería saber que a mí ya no me interesa ni me perturba nada, responde Félix.

Y sin embargo. Es posible que se haya roto el cristal del tedio, que se avecine una caída en horizontal a la menor provocación, piensa, con el sobresalto de que esa cierta frialdad de la escena le está permitiendo entender que la vida es simple, que la vida es eso que está justamente contenido en las imágenes, y en la música ensordecedora de las monedas, y en la existencia de dos hombres como él y como Sada.

No podrá llegar muy lejos. Lo van a matar, advierte Félix.

Uno es su foto. ¿Me ve cara de que voy a morir mañana?

Félix querría saber las razones por las que el hombre lo eligió, el modo en como dio con él.

No es sólo un matadero, ¿sabe de lo que le hablo?

Ni hace falta, dice Félix. Como si la muerte pudiera ser más adjetivada de lo que es, justa o injusta, maquillada o primitiva, la muerte es sólo eso, una vulgar exactitud, piensa.

Sada mueve la pierna, en un estado de aparente sosiego que amenaza con venirse abajo.

Voy a irme pronto. Sé que las llevará al lugar propicio.

Perdóneme pero no le creo. Esto debe ser una equivocación.

Haga como yo: entienda lo que tenga que entender.

A Félix le sobreviene de nuevo una punzada en la cabeza. Ahora observa los ojos diminutos del desconocido y le parece que ya no es tan desconocido, eso lo aturde. Le enoja la intimidación que ha llegado a producirse con el hombre y todo por obra de unas cuantas fotos que nada hacen para reparar el daño y lo único que provocan es exponerlo, como si el mundo por sí mismo no fuera un catálogo de podredumbre.

¿Desean algo de beber?, pregunta la mesera, con cara de fastidio. No le responden, ella debe de estar acostumbrada.

Pronto estará amaneciendo, calcula Félix, y daría lo mismo si anocheciera. Querría tirarse a la mujer, pegarle, no sabe por qué tiene este tipo de arrebatos, Félix, quien siempre ha sido mesurado y no entiende qué es exactamente lo que pasa ahí, en un instante al que de repente se le ha abierto un hoyo, justo donde se encuentra con Sada, el hombre que llamó a su cuarto de hotel hace apenas unas horas, y lo citó en el casino donde ahora se miran y se defienden, igual que aves de rapiña.

¿Y cómo se llama su exesposa?, inquiera Sada.

Nelly.

Ya sé. Es usted moderado y por eso lo dejó. A las mujeres les gustan los abusivos, quién sabe por qué, quién las entiende.

¿Y la suya?

También Mila, igual que la hija. Sí, terrible.

Félix observa cómo Sada se acomoda la mochila al hombro y se va. Ni siquiera opone resistencia y lo ve marcharse, con la elegancia impune de quien quebranta la rutina para después esfumarse, igual que el humo del puro encendido aún, cerca, a punto de incendiar las fotos, si él lo intentara.

Por un momento el periodista cree que está solo pero sabe que no: supone que la intención de un fotógrafo es

traer las imágenes a otro tipo de soledad, una compartida y distinta a la soledad única que, en el fondo, las imágenes buscan.

Después sale del lugar, toma un taxi con rumbo al centro (al centro de todo, quisiera), y camina, avanza, o retrocede, una desesperación sin huida. Lo hace durante mucho tiempo tratando de alcanzar la exhausta pátina solar en el horizonte, pero el horizonte se convierte en un equilibrio inestable que se rompe a lo lejos, por encima de la frontera.

Félix llega al hotel y duerme un poco aunque despierta asustado. En el sueño, las fotografías crujían y se desmoronaban. Bebe agua, observa la habitación, tan impersonal, tan limpia, se dice. Nada va a cambiar, expresa, son palabras que no vienen al caso pero luego sí porque los rostros de los muertos lo miran a él, con cansada incertidumbre, y desde su muerte parecen sonreír, derrotados, cínicos; murmurar cosas ininteligibles. Se dirige a la ventana, ahí están los neones, la avenida, un lisiado que camina con el culo y es un espectáculo, los coches que circulan porque la cotidianidad sin azogue es una forma de volver a la locura.

Todo permanece en su sitio, incluido el sobre que atenta contra su aburrimiento. El sobre marrón. Extrae las fotografías. Siente que sus dedos se queman al tocarlas. Están esos rostros que lo observan con sus ojos, petrificados para siempre, ojos que se despliegan como botellas de vidrio a punto de estallar y astillarlo. La sangre salpica, dijo Sada.

Debió ser que no quiso lastimar a nadie, sino simplemente que se sentía infeliz, piensa Félix del hombre. Le desconcierta lo otro: el recuerdo de su exmujer recuperándose del intento de suicidio, la mesera negra, el duelo sin cadáver que impuso Sada durante las horas que estuvieron charlando, para después oírlo respirar con dificultad y verlo huir, como huimos todos, supone. Toda esa maraña de emociones, la melancolía por lo que dejó de ser, en medio

del puñado de fotos que mañana serán noticia, una tapa de drenaje abriéndose canal.

Tinta azul

LO DEL BESO SUCEDIÓ hace tres días. Nada fuera de lo común, piensa ella. Delante de los hombres viejos con los que ha construido su historial amoroso, el poeta es un niño, casi le asusta verse tan envejecida en comparación con él —le repugna un poco que le haya tomado la mano y la escena estuviese afectada por una sutil cursilería.

Ahora lee sus poemas, le gustan las imágenes (*un vestido vacío en el ropero*, por ejemplo), quisiera seguir pero no se concentra.

Quisiera decir: una mesa de billar, la necesidad de que una bola se mueva en el tablero para que las demás choquen. Quisiera sumergirse en el agua estancada y verde de la mesa: imagina un lago. Quisiera decir: la mirada verde del poeta. El beso anunciándole que algo va a cambiar, aunque nada ocurra y ambos deban regresar a sus respectivos horizontes. Quisiera decir: busco algo, así no sepa exactamente qué. Quisiera: encontrar cualquier cosa aunque de nada sirva.

Pero ella está harta de las relaciones adictivas, peligrosas. Desde hace tiempo busca algo y no lo encuentra. Quizá no encontrará nada, nunca.

Quisiera decir: tal vez de eso se trata.

Ahora pudo buscar al poeta en su cubículo de trabajo, ofrecer cualquier oportunidad, salir juntos, perderse en una librería, acariciarse. Y, sin embargo, llama a su marido... No es su marido, concluye, mientras marca los dígitos. La lla-